

Introducción

Felipe Sahagún

«El cambio más extraordinario del último medio siglo es, seguramente, la explosión de las tecnologías de la información», advierte Thierry de Montbrial en su introducción al IFRI 2013¹. «Ahí está el origen de las oleadas de destrucción creadora que se suceden desde los años 80, de la mundialización e, incluso, de las sacudidas geopolíticas más intensas como el hundimiento de la Unión Soviética».

«Como, tras los descubrimientos de la escritura y de la imprenta, la revolución numérica propagó sus efectos mucho más allá de la economía y transformó profundamente las sociedades y la política, en particular las formas de gobierno y de gobernanza, las redes sociales –la innovación más importante en el primer decenio del siglo XXI– está teniendo un enorme impacto en las sociedades civiles».

El 3 de enero de 2013, el diario estadounidense *US News* (@usnews) distribuía un tuit con el siguiente mensaje: «*10 National Security Threats in 2013*»².

En el artículo del enlace, firmado por Lamont Colucci, autor de uno de los más recientes estudios sobre la seguridad nacional de los EE.UU.³, el

¹ «Perspectives». Ramses 2013, p. 22.

² <http://bit.ly/YXKIzo>.

³ The National Security Doctrines of the American Presidency: How they Shape our Present and Future. 2 vols. Praeger. Nueva York 2012.

profesor de Ripon College reconocía que, en la miríada de amenazas que afrontamos, destacan diez tanto a corto como a largo plazo: el terrorismo yihadista, el riesgo de caos o guerra civil indefinida en Irak y Afganistán, la radicalización o sectarización violenta de las mal llamadas primaveras árabes, la inseguridad energética de muchos países, el pulso por la supremacía en un nuevo reequilibrio global de poder, los estados frágiles o fallidos, el riesgo de desestabilización de pivotes estratégicos como Japón y México, el sempiterno conflicto palestino-israelí, la fragmentación y renacionalización de Europa, y los intereses encontrados de Occidente con una Rusia y una China obsesionadas por recuperar la influencia perdida: hace veinte años la primera y hace dos siglos la segunda.

«La crisis de la zona euro ha pasado en 2012 de enfermedad terminal a una enfermedad crónica de años», escribía Jessica Matthews, presidenta del grupo de reflexión de la Carnegie, en la obra colectiva *Global Ten: Challenges and opportunities for the president in 2013*⁴.

Aunque los principales centros de análisis preveían una contracción del PIB europeo en 2013, Justin Vaïsse, director de investigación de la Brookings, reconocía a la agencia France Presse en diciembre que «lo peor de la crisis del euro ha quedado atrás». No era una opinión aislada.

A Vaïsse le preocupaba más a comienzos de 2013 el riesgo de recalentamiento económico en China o, más probable, los efectos negativos en cadena de una reducción drástica de las importaciones chinas por Europa y/o EE.UU., de las tensiones sociales internas o de las disputas territoriales marítimas con Japón, Corea del Sur, Filipinas y otros vecinos del sureste asiático en aguas por las que pasa cada día más del 30% del comercio marítimo mundial y que pueden albergar las cuartas reservas de petróleo del mundo.

Los más optimistas confían en que la fuerte interdependencia económica limite las hostilidades, pero también podría suceder al revés: que las hostilidades tengan un efecto muy negativo en las relaciones comerciales. En octubre, las ventas de coches japoneses en China cayeron casi un 60% debido a las tensiones.

Aunque su margen de maniobra dependerá del resultado de las elecciones de junio para renovar la Cámara alta, donde sigue siendo mayoría el PD, el retorno al Gobierno en Tokio de los conservadores (PLD) en las elecciones de diciembre y los primeros gestos del nuevo presidente chino, Xi Jinping, no presagian una reducción de las tensiones, sino todo lo contrario, lo que obligará a los EE.UU. a prestar más atención a Asia-Pacífico, cuando otras amenazas como la consolidación de Al Qaeda en el

⁴ «The World in 2013». Global Ten. Challenges and Opportunities for the President in 2013. Carnegie International Endowment. 29 de noviembre de 2012. <http://carnegieendowment.org/globalten/?fa=50178>.

Sahel, la nuclearización de Irán y el riesgo de contagio de la crisis siria y de la desestabilización egipcia al resto de Oriente Próximo exigen respuestas urgentes.

Los recortes previstos en los presupuestos de defensa en los EE.UU. y en el resto de los aliados de la OTAN, y las condiciones en Afganistán empujan a los principales países miembros de la ISAF a acelerar la retirada del país asiático, pero sin un Ejército afgano capaz de defenderse y sin un pacto político que rebaje los ataques talibanes, crece el temor a otro periodo caótico, dominado, como en los 90, por los señores de la guerra. Sin la colaboración de Irán y, sobre todo, de Pakistán, la retirada gradual hasta finales de 2014 será una difícil travesía.

El Pentágono disponía a primeros de año de tres opciones militares del general John R. Allen, responsable de las fuerzas en Afganistán, para después de 2014. Las tres preveían el mantenimiento de una presencia militar estadounidense de, respectivamente, 6.000, 10.000 y 20.000 soldados, con una valoración del riesgo de fracaso para cada una: muy alto si permanecen solo 6.000, riesgo medio de mantener 10.000 y bajo si se aprueba la tercera opción⁵. Las fuentes militares que filtraron los planes al *New York Times* reconocieron que «lo más importante para el éxito de la misión pos-2014 sería cómo y en qué condiciones un Gobierno afgano conocido por su corrupción podrá prestar servicios básicos a la población».

Las elecciones generales de septiembre en Alemania condicionarán el ritmo y el contenido de los avances para superar la crisis en Europa. Todas las encuestas anticipaban hasta enero el triunfo de Angela Merkel, pero sin mayoría absoluta, por lo que, de confirmarse, el futuro gobierno de Berlín dependerá, sobre todo, del resultado de sus actuales socios de coalición, los liberales.

Sea cual sea el resultado, es difícil que el Gobierno alemán, independientemente de su color ideológico, levante la mano en la batalla sobre los presupuestos de la UE para los próximos siete años, asunto prioritario de la agenda comunitaria en 2013, ni sobre la *hoja de ruta* para superar la crisis actual de la deuda.

¿Cuántas semanas o meses resistirá el régimen de Bashar Al-Asad en Siria? El conflicto, en el que, según la ONU, ya habían muerto más de 60.000 personas, no tiene salida militar sin intervención extranjera, escenario no previsto por ahora, o un aumento significativo del apoyo militar a los rebeldes, al que se han resistido hasta hoy las grandes potencias por miedo a que esas armas, como sucedió en Libia, caigan en manos de grupos o, lo que sería aún peor, un nuevo régimen en Damasco de corte yihadista.

⁵ Bumiller, Elisabeth y Schmidt, Eric. «Afghan War Commander Gives Options for After'14». *The New York Times*. 2 de enero de 2013. <http://goo.gl/mfniE>.

Solo quedaba, pues, la solución política, que dependía de un cambio en las alianzas o de un golpe de estado en Damasco. Cambio supeditado, a su vez, a que fructifiquen las intensas negociaciones abiertas con Rusia y a que despeguen los tímidos contactos insinuados entre Washington y Teherán en los últimos meses.

¿Dará marcha atrás Irán, que en junio elige nuevo presidente, si no avanzan las negociaciones con la OIEA, en su programa nuclear? Si no lo hace, ¿atacará Israel? Si ataca, ¿con o sin los EE.UU.? En 2013 probablemente sabremos por fin dónde está la tan manida *línea roja*, si es que ha existido alguna vez.

La prevista reelección de Benjamin Netanyahu en enero al frente del Gobierno israelí y la victoria de Obama en noviembre pasado en los EE.UU. ¿facilitan o dificultan, dadas su pésimas relaciones, una reconciliación y un pacto por una nueva estrategia de diálogo con los palestinos?

¿Cederán los islamistas que han accedido al poder en Libia, Túnez y Egipto tras las mal llamadas primaveras árabes y facilitarán nuevas constituciones y elecciones de consenso? Si no lo hacen, como indica su comportamiento en 2012, ¿qué actitud adoptarán las Fuerzas Armadas locales y las grandes potencias? ¿Es realista dar por superado el peligro de desestabilización en Marruecos, Argelia, Jordania y otros países del arco de la crisis por las tímidas reformas introducidas hasta ahora?

Nos esperan años de incertidumbre en la región, con alto riesgo de nuevas dictaduras igual o más represivas que las de Gadafi, Ben Alí y Mubarak. Todo puede agravarse si no se gestiona bien la transición inminente en Arabia Saudí.

Si Hugo Chávez, más que probable, no se recupera de su cuarta operación, ¿logrará por fin la oposición venezolana unirse y desplazar al chavismo del poder tras 14 años? En esa hipótesis, ¿lograrían los aliados de Chávez –Cristina Fernández de Kirchner, Rafael Correa, Daniel Ortega y Raúl Castro– mantener el pulso en el hemisferio occidental contra los intereses de los EE.UU. y de sus socios principales? ¿Cambiaría el apoyo estratégico que Cuba recibe de Venezuela y que le ha permitido sobrevivir estos últimos años al aislamiento, a las sanciones y a la crisis?

Si las presidenciales en 2012 en México y Venezuela devolvieron el poder al PRI y ratificaron el de Chávez, las presidenciales convocadas en 2013 en Ecuador, Honduras, Paraguay y Chile –puede que de nuevo en Venezuela–, mantendrán el interés político en la región, y pueden alumbrar cambios más importantes.

¿Se mantendrán los precios del petróleo rozando o superando los cien dólares por barril? Si suben, Europa tendrá más difícil la recuperación. Si caen entre 10 y 30 puntos, ¿podrá Vladimir Putin contener el desplome de Rusia, que se sostiene gracias a los altos precios del crudo en los últimos

años? ¿Resistirían otros grandes productores, en particular Venezuela e Irán, ambos en transición de poder, la caída de ingresos sin graves tensiones sociales?

Retos del futuro energético

La noticia de 2012 –magnífica para los EE.UU., no tanto para algunos de los principales exportadores actuales de gas y de petróleo– en relación con la energía fue, sin duda, el informe publicado el 12 de noviembre por la Agencia Internacional de la Energía (AIE), en el que admitía la posibilidad de que los EE.UU. sobrepasen a Arabia Saudí como primer productor de petróleo ya en 2020⁶.

«El reciente repunte de la producción de petróleo y gas en Estados Unidos, inducido por tecnologías de exploración-producción que están liberando petróleo ligero en formaciones compactas y gas de esquisto, está espoleando la actividad económica –con el abaratamiento de los precios del gas y de la electricidad que ofrecen un margen competitivo a la industria– y está transformando paulatinamente el papel de Norteamérica en el comercio mundial de energía», escriben los autores del informe.

«El resultado es una caída continuada de las importaciones de petróleo de Estados Unidos, hasta el punto que Norteamérica se convierte en exportador neto de petróleo hacia 2030. Esto acelera el cambio de dirección del comercio internacional de petróleo hacia Asia, resaltando la importancia de la seguridad de las rutas estratégicas que conducen el petróleo de Oriente Medio a los mercados asiáticos. Estados Unidos, que actualmente importa cerca del 20% de su demanda total de energía, se convierte prácticamente en autosuficiente en términos netos, un cambio espectacular respecto a la tendencia observada en la mayoría de los países importadores de energía».

Por primera vez desde que empecé a cubrir elecciones en los EE.UU., a comienzos de los 70, en las de 2012 se planteó el viejo debate sobre la independencia energética como una posibilidad real en un plazo razonable.

El semanario *The Economist* reaccionaba así al informe de la AIE: «Un país que durante casi medio siglo no ha dejado de lamentarse sobre su dependencia de los combustibles fósiles de Oriente Medio, hoy está a punto de conseguir autosuficiencia en gas natural y las noticias no dejan de mejorar»⁷.

¿Qué ha sucedido? ¿Los precios? ¿Nuevas tecnologías de prospección? ¿La apertura a la explotación de zonas hasta ahora cerradas? ¿La po-

⁶ World energy outlook 2012. Resumen ejecutivo en español, p. 5 y ss. <http://xurl.es/i34j9>.

⁷ America's Oil Bonanza. *The Economist*. Edición impresa de 17-23 de noviembre de 2012, p. 16.

sibilidad de que Obama apruebe el oleoducto Keystone entre Canadá y México, y recupere el impulso de sus primeros años en la Casa Blanca sobre renovables? ¿Se confirmarán las esperanzas despertadas en Alberta (Canadá), Brasil y el Ártico?

¿Quién se hubiera imaginado que desde 2008 los EE.UU. aumentarían un 25% su producción de petróleo y que la AIE consideraría en serio otro 30% más en ocho años, superando los 11 millones de barriles.

¿Qué reequilibrio geopolítico y energético producirán estas previsiones de confirmarse? ¿Es posible, dada la evolución de la oferta y de la demanda de gas y petróleo en los últimos diez años, un nuevo orden pacífico, estable, sin acuerdo estratégico entre China y Occidente sobre garantías de acceso y compraventa en las principales zonas de producción?

Con la experiencia acumulada en la Isla de las Tres Millas, Chernobil y Fukushima, ¿qué futuro aguarda a las nucleares si la realización del sueño de la fusión no acaba de concretarse en hechos industriales? ¿Son compatibles estas previsiones con los límites medioambientales del crecimiento y permitirán las políticas ciegas al medio ambiente los ciudadanos a medida que se intensifican sus efectos destructivos, como quedó demostrado en 2012 con el huracán Sandy en los EE.UU., que causó daños superiores a los 50.000 millones de dólares?

Desde que asumí la coordinación de *Panorama Estratégico* hace tres años, las fuentes tradicionales de inseguridad han dejado paso a fuentes nuevas como el terrorismo cibernético. En agosto Saudi Aramco sufrió un ciberataque devastador que dejó fuera de uso 30.000 de sus ordenadores por un virus llamado *Shamoon*. El todavía jefe del Pentágono, Leon Panetta, lo describió como «el ataque más destructivo que ha sufrido el sector empresarial, en cualquier ámbito, hasta la fecha». Con Stuxnet, hace tres años, se demostró que las instalaciones iraníes eran vulnerables⁸.

Estos atentados muestran que ya no son necesarias guerras clásicas para que se produzcan efectos muy negativos durante días o semanas, sin que se dispare un solo tiro, sobre la producción saudí. En mi última visita a Arabia Saudí vi un ejército especial de más de 60.000 soldados dedicado en exclusiva a la defensa de las instalaciones. De poco sirve frente a un virus informático.

En cada viaje a Arabia Saudí pregunto por las reservas probadas y potenciales, que siguen siendo secreto de estado. Las interrogantes sobre su duración y la vulnerabilidad de muchas estructuras –solo en los EE.UU. 140 refinerías, 4.000 plataformas marítimas, 160.000 millas de oleoductos, otras tantas millas de líneas de alta tensión, 10.400 centrales eléc-

⁸ *Panorama estratégico* 2010/2011, pp. 36.37.

tricas y casi millón y medio de millas de gasoductos— obligan a seguir mejorando la vigilancia con la mejor tecnología.

Si a ello añadimos los 40 millones de barriles de petróleo, aproximadamente, que se mueven cada día por los océanos en barcos, y la inseguridad o inestabilidad de algunas de las rutas principales, apostar por el fin de la volatilidad de los precios a corto o medio plazo sin avances tecnológicos revolucionarios parece una temeridad.

La crisis en los EE.UU. y en Europa

Si, como señalan la mayor parte de los analistas, en 2012 se evitó lo peor de la crisis económica tanto en los EE.UU. como en Europa, estamos todavía lejos de los acuerdos necesarios para superar definitivamente la crisis iniciada hace seis años, la primera y más importante de las amenazas para la seguridad.

Esquivados los peores escenarios, la economía china volvía a crecer a comienzos de 2013 y la Eurozona parecía haber encarrilado el desplome griego y los efectos más negativos de la crisis de la deuda soberana en los países del sur. Las principales organizaciones internacionales anunciaban otro año difícil en los países desarrollados, sobre todo en el primer semestre, y una mejora gradual en el segundo.

Cerramos esta introducción a las pocas horas de anunciarse el acuerdo parcial entre demócratas y republicanos estadounidenses para evitar el llamado *precipicio fiscal*: un aumento de impuestos y una reducción importante de gastos que habría empujado a la primera economía del mundo a otra recesión en 2013 y lastrado la recuperación de Europa y de otras zonas del mundo.

Con el acuerdo, terminaban los recortes fiscales de la Administración de George W. Bush a los contribuyentes con ingresos superiores a los 400.000 dólares por año y a las parejas con ingresos superiores a los 450.000, y se elevaba en 4,6 puntos (del 35% al 39,6% de sus ingresos) su contribución anual. Los impuestos sobre beneficios del capital y dividendos se incrementaban del 15% al 20%, pero solo para los que superasen los techos anteriores de ingresos.

También subía el impuesto sobre las propiedades —del 35% al 40%—, pero solo a partir de los 5 millones de dólares. Sobre la segunda parte del pacto, el recorte previsto del gasto público, no hubo acuerdo y el nuevo Congreso se dio un plazo de dos meses, hasta el 1 de marzo, para diseñar un mecanismo que, mediante más impuestos y menos gastos, hiciera innecesario un recorte masivo y automático de los presupuestos públicos.

Se evitaba así un desastre inmediato, pero se dejaba sin atajar el crecimiento incontrolable del déficit y de la deuda: más de 1 billón de dólares

por año. A finales de febrero se esperaba alcanzar el límite acordado de 16,4 billones y los republicanos, que tras las elecciones del 6 de noviembre siguen teniendo la mayoría en la Cámara de Representantes, se preparaban para una de las más duras batallas en el Congreso y la sociedad más polarizada, según muchos observadores, desde la Guerra Civil.

Con el acuerdo alcanzado es probable, según el profesor Nouriel Roubini, que «la economía estadounidense, creciendo en los últimos trimestres alrededor de un 2%, se retraiga un 1,2%, rozando el estancamiento este año»⁹. Pero el nudo gordiano del gran desafío estadounidense a medio y largo plazo seguía sin solución:

«Ni demócratas ni republicanos reconocen que el mantenimiento de un estado de bienestar justo y necesario en la era de la globalización, de cambios tecnológicos acelerados y de presión demográfica requiere más impuestos a la clase media y a los ricos. Un acuerdo que prorroga recortes fiscales insostenibles al 98 por ciento de los estadounidense es, por consiguiente, una victoria pírrica para Obama».

El todavía secretario de Defensa, Leon Panetta, reaccionó al acuerdo con un comunicado en el que dejaba meridianamente claro el dilema que suponía para la defensa nacional:

«De no haber actuado el Congreso, habría tenido que comunicar a nuestros 800.000 empleados civiles la posibilidad de despidos [...] El Congreso ha evitado el peor escenario posible, retrasando dos meses la secuestración. Desgraciadamente la sombra sigue ahí y tenemos la responsabilidad de eliminarla como amenaza mediante una reducción equilibrada del déficit [...] Este Departamento está haciendo su parte ayudando a atajar el déficit con nuestra nueva estrategia de defensa nacional [...] Necesitamos estabilidad presupuestaria y los recursos necesarios para ejecutar eficazmente nuestra estrategia»¹⁰.

El efecto más importante del pacto fiscal, por limitado que sea, en la política exterior y de seguridad de los EE.UU. se entiende mejor si pensamos en lo que hubiera sucedido de haber caído en el llamado *precipicio* o, como prefiere decir Javier Solana, por el despeñadero.

La libertad de los EE.UU. para intervenir en el exterior se habría reducido sustancialmente, salvo en casos de amenaza grave para sus intereses. Sería exagerado hablar de aislacionismo, pero sus respuestas a las principales crisis serían mucho más reactivas y selectivas, y, teniendo en cuenta la decisión estratégica de concentrarse en el sur de Asia, la

⁹ Roubini, Nouriel. «US Has been let down by its leadership». Financial Times. 2 de enero de 2013.

¹⁰ Statement by Secretary Panetta on Sequestration Delay. <http://www.defense.gov/Releases/Release.aspx?ReleaseID=15763>

Administración Obama seguramente se mostraría menos dispuestas a invertir y arriesgar recursos en otros conflictos igual o más graves, como los de Oriente Medio.

Europa, premiada pocas semanas antes con el Nobel de la Paz, recibió con alivio el pacto parcial en Washington, que le permitía concentrar sus esfuerzos en 2013 en la recuperación del crecimiento y del empleo de acuerdo con los limitados compromisos alcanzados en los meses anteriores.

El Consejo Europeo del 13 y 14 de diciembre en Bruselas puso en evidencia lo más positivo y negativo de la respuesta europea a la crisis:

Hasta comienzos de 2013 se había evitado la salida de Grecia de la Eurozona o, lo que es peor, la ruptura del euro anunciada desde antes de nacer por tantos de sus críticos, legión en el mundo anglosajón, pero la brecha Norte-Sur en la Eurozona y en la UE, lejos de reducirse, seguía aumentando.

Gracias, sobre todo, a una frase del presidente del Banco Central Europeo (BCE), Mario Draghi –«haré lo que haga falta para salvar el euro y, créanme, será suficiente»– los mercados dieron un respiro a los países del sur y la prima de riesgo de países como España se contuvo, pero el eje franco-alemán de la UE, imprescindible para que la UE se consolide, sigue atrofiado. Las diferencias entre Angela Merkel y François Hollande no son menores que las que separan a demócratas y republicanos en los EE.UU.

Se ha superado la tempestad de 2012, pero la UE sigue en medio de un mar de turbulencias –quiebra técnica de Grecia, elecciones en febrero en Italia, posible referéndum en el Reino Unido, movilización contra las medidas de austeridad en todos los países y más recortes presupuestarios estructurales– que siguen amenazando a la nave, necesidad de los EE.UU. y de las potencias emergentes para capear el temporal y adentrarse en aguas más tranquilas.

El mecanismo de supervisión fiscal en manos del Banco Central Europeo (BCE) es un avance, pero no empezará a funcionar antes del primer semestre de 2014 ni, por ahora, se asienta en el marco de integración política y económica necesario para su estabilidad a largo plazo.

El Documento Barroso, *Blueprint For a Deep and Genuine Economic and Monetary Union*¹¹, de 51 páginas, presentado por el presidente de la Comisión trece días antes de la cumbre, y el Documento Van Rompuy, *Towards a Genuine Economic and Monetary Union*¹², de 15 páginas, presentado ocho días antes, no tuvieron efecto alguno en las conclusiones. El Gobierno

¹¹ COM(2012) 777 final/2. Bruselas 30-11-2012. http://ec.europa.eu/commission_2010-2014/president/news/archives/2012/11/pdf/blueprint_en.pdf.

¹² http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/en/ec/134069.pdf.

económico en tres fases propuesto por Barroso y el modelo escalonado adelantado por Van Rompuy para establecer un Ministerio Europeo de Finanzas, un Fondo de Rescate común e Impuestos europeos se quedaron en papel mojado. Para la RFA, Suecia, Holanda, Austria, Finlandia y otros países del Norte, las ideas de ambos documentos suenan a ciencia-ficción.

A diferencia de sus principales antecesores –Adenauer, Willy Brandt, Helmut Schmidt y Helmut Kohl–, Merkel, de quien depende en gran medida el futuro de Europa si, como anuncian las encuestas, sigue al frente del Gobierno alemán, en solitario o en coalición, tras las elecciones generales de septiembre en la RFA, no ve Europa como un sueño o una visión para mantener la paz y hacer del continente una superpotencia en un mundo globalizado, sino como un instrumento: importante y necesario, sí, pero supeditado siempre a los intereses nacionales de la nueva Alemania unida.

Quienes la conocen mejor la encuentran objetiva, realista y fría en su liderazgo de Alemania y de Europa, más interesada en su futuro político, en indicadores de crecimiento y deuda, y en tendencias demográficas que en fondos de solidaridad o grandes proyectos a largo plazo que, no deja de repetir, al final siempre acaban pagando los alemanes.

Su futuro político –asegurarse la victoria en septiembre– explica sus planes de aumentar la ayuda a las familias, pensionistas y parados de larga duración. Al mismo tiempo, la reducción del índice de crecimiento del PIB, consecuencia en buena medida de la política de austeridad impuesta en la UE, le obliga, si es reelegida, a aumentar impuestos y a recortar servicios sociales: lo mismo que durante años viene exigiendo a sus socios de la UE para sanear las cuentas.

Con las elecciones alemanas en el horizonte, no podemos esperar grandes cambios en los próximos meses ni en Alemania ni en la UE. Sin las condiciones adecuadas para el retorno de las inversiones, será difícil crear empleo –el reto más importante– y nada hace pensar en un cambio inmediato y radical de tendencia. Entre 2007 y 2011 las inversiones en los 27 miembros de la UE se redujeron en más de 350.000 millones de euros, según la consultora estadounidense McKinsey¹³. Es una caída veinte veces más importante que la del consumo privado y cuatro veces más pronunciada que la del PIB.

Como reconoce Xavier Vidal-Folch en su balance de la crisis europea, «la partida no está definitivamente resuelta», pero, aunque «ni el euro ni siquiera la UE son indestructibles, irrevocables o irreversibles [...], hay algunas poderosas fuerzas que operan a favor de la supervivencia de la

¹³ Citado por James Fontanella-Khan en el Financial Times el 2 de enero de 2013. <http://xurl.es/ikheh>.

unión monetaria y de su superación a través de una unión económica y política»¹⁴:

- La primera es la conocida teoría del mal menor, el coste de oportunidad, el escenario de la *no Europa*, el miedo a lo desconocido... o a lo demasiado conocido.
- La segunda es que una ruptura de la eurozona afectaría, y mucho, a la integridad del mercado interior.
- La tercera razón a favor de la continuidad y el reforzamiento radica en otro ámbito aún más decisivo: la voluntad de los ciudadanos. «Las últimas dos grandes encuestas, el Eurobarómetro del Parlamento Europeo (Dirección C, 21 de mayo de 2012) y la del Pew Research Center del 19 de mayo demuestran sin paliativos que los europeos están cada día más enfadados con la Unión, con el euro y con la gestión de ambos, pero que ni en la peor de las pesadillas apostarían por sus alternativas», concluye Vidal-Folch.

En cuanto a la economía global, Eswar Prasad, responsable principal de Tracking Indices for the Global Economic Recovery, índice de la economía mundial de la Brookings y del *Financial Times*, no es tan optimista: «La recuperación de la economía global se ve amenazada por conflictos políticos entre países y dentro de ellos, la falta de decisiones políticas firmes y la incapacidad de los gobiernos para hacer frente a problemas muy arraigados como finanzas públicas insostenibles que impiden el crecimiento»¹⁵.

Viejas y nuevas prioridades

El 15 de noviembre de 2012, el jefe del Consejo de Seguridad Nacional de los EE.UU., Thomas Donilon, explicaba en la sede del CSIS, en Washington, las claves de la política exterior y de seguridad de la Administración Obama en su primer mandato y sus objetivos para el segundo mandato¹⁶.

Confesaba que en 2008 el entonces candidato demócrata les había encargado revisar las amenazas y prioridades de la seguridad estadounidense, fijándose en los posibles desequilibrios (*overweight* and *underweight*) en las distintas partes del mundo. «Nuestra conclusión fue que los compromisos militares en Oriente Medio eran excesivos, mientras que no

¹⁴ «La crisis, acicate de un nuevo poder europeo». Política exterior. Monográfico En defensa del euro, Europa ante su futuro. Diciembre 2012, pp. 24.25.

¹⁵ Cadman, Emily y Bernard, Steve. «Tiger index: Gloomy outlook for global economy». *Financial Times*, 7 de octubre de 2012.

¹⁶ «President Obama's Asia Policy and Upcoming Trip to the Region». Conferencia pronunciada en el CSIS el 15 de noviembre de 2012. http://csis.org/files/attachments/121511_Donilon_Statesmens_Forum_TS.pdf.

estábamos dedicando la atención y los recursos suficientes a Asia-Pacífico», añadía.

A raíz de aquella reflexión, decidieron evitar, como objetivo prioritario, una recesión y recuperar el crecimiento como baluarte esencial del poder estadounidense, revitalizar las alianzas desde el Atlántico hasta el Pacífico –ningún país dispone de tantas ni tan sólidas a nivel global, fruto de los esfuerzos bipartidistas de medio siglo–, retirarnos de Irak cuanto antes y poner en marcha un plan de transición para Afganistán.

«Así empezamos a mejorar considerablemente el margen estratégico de maniobra de los EE.UU. y a concentrar nuestros mayores esfuerzos en intereses permanentes o duraderos y no tanto en los titulares de cada día», afirmó. «Parte fundamental de ese proceso fue dedicar mucha más atención a la región de Asia-Pacífico en términos de esfuerzos, recursos y compromisos tanto a nivel bilateral como institucional. El primer viaje al extranjero de la secretaria Hillary Clinton –por primera vez desde Dean Rusk en 1961– fue, precisamente, a Asia. El primer dirigente extranjero recibido por Obama en la oficina oval fue el primer ministro de Japón. Y el primer viaje al exterior de Obama, tras ser reelegido, en noviembre, fue a Tailandia, Birmania y Camboya. Señales todas –desde los primeros días de la primera Administración Obama– del cambio de prioridades».

Esas decisiones se basan, según Donilon, en una premisa bien simple: el convencimiento del equipo de Obama de que «los EE.UU. son una potencia del Pacífico con intereses indisolublemente unidos al orden político, económico y de seguridad de Asia» y que «el éxito o el fracaso de América en el siglo XXI se decidirá en Asia».

A continuación fue enumerando las razones que justifican esa conclusión:

- Asia produce ya el 25% del PIB global y se espera que llegue al 30% en 2015.
- Representará el 50% del crecimiento global fuera de los EE.UU. en 2017.
- Recibe el 25% de nuestras exportaciones de bienes y servicios, y es el origen del 30% de nuestras importaciones.
- Unos 2,4 millones de empleos estadounidenses dependen de las exportaciones a Asia.
- Nuestro comercio y nuestras inversiones en Asia serán cruciales para nuestra recuperación y para nuestra prosperidad.
- La seguridad regional de Asia, condición indispensable para el impresionante crecimiento de la región en los últimos decenios, exige la presencia estabilizadora de los EE.UU. y así nos lo dicen y repiten continuamente nuestros socios en la región.
- Nuestro renovado compromiso con Asia responde, igualmente, a la demanda continua de los países de la zona. «Las razones son múl-

tiples, pero el hecho es que existe una gran demanda de liderazgo estadounidense en la región», añadió.

- Esa demanda creciente no es solo de seguridad tradicional, sino también de seguridad humanitaria (como sucedió tras el accidente de Fukushima), de ayuda económica, de comercio, de apoyo institucional, de defensa de derechos humanos....

Teniendo en cuenta todos esos factores, el presidente, en un discurso pronunciado en Camberra en 2011¹⁷, tan importante o más que los pronunciados al comienzo de su mandato en El Cairo y Praga, sobre todo en relación con las libertades, describió como objetivo esencial «el mantenimiento de un entorno seguro y estable, y de un sistema regional basado en la apertura económica, el estado de derecho, la solución pacífica de los conflictos, gobiernos democráticos y libertad política».

Ese objetivo, concluyó, se fundamenta en una apuesta muy anterior por el surgimiento de nuevas potencias «siempre que se produzca en paz, respetando la libertad de acceso al mar, al aire, al espacio y al ciberespacio, y promueva el libre comercio, la cooperación multinacional y respeto de los derechos humanos».

¿Cómo alcanzar esos objetivos y el reequilibrio deseado? «El desvío de recursos es importante, pero no se trata solo de recursos militares» y «no estamos reequilibrando nuestra posición solo con Asia, sino también dentro de Asia, donde nuestra presencia estaba muy descompensada», contestó. Cubre todos los elementos del poder de los EE.UU. y se concreta en cinco líneas de acción:

1. El reforzamiento de las alianzas regionales, empezando por Japón, Corea del Sur y Australia, a un nivel sin precedentes.
2. Relaciones de cooperación más estrechas con las potencias emergentes, empezando por India e Indonesia.
3. Participación activa en las organizaciones regionales y globales, como APEC, ASEAN y el G-20, a favor de la cooperación, la solución pacífica de disputas y el respeto de los derechos humanos. Los 10 países de ASEAN tienen ya más de 600 millones de habitantes y, juntos, son la tercera economía de Asia, sin contar la importancia de sus rutas marítimas y recursos... Por eso, en noviembre, Obama asistía por cuarta vez a una cumbre de dicha organización.
4. Relaciones estables y constructivas con China (inevitablemente de cooperación y de competencia), sin las cuales pocos desafíos internacionales –desde Corea del Norte a Irán, pasando por Siria, el cambio climático o la crisis económica– tienen hoy solución, decisión que se deriva de la necesidad de mantener buenas relacio-

¹⁷ Remarks by President Obama to the Australian Parliament. The White House Office of the Press Secretary, 17 de noviembre de 2011. <http://xurl.es/s4ha7>.

nes con todas las grandes potencias para poder hacer frente con eficacia a los retos globales.

5. El impulso de la arquitectura económica regional, facilitando el comercio libre y justo, y economías transparentes, con reglas claras que todos respeten, para lo cual estamos dispuestos a dedicar más recursos a APEC y a buscar un acuerdo fructífero en las negociaciones de la Trans Pacific Partnership (TPP), formada ya por 11 miembros y con varios más llamando a la puerta, posiblemente la negociación más importante hoy en el sistema internacional de comercio.

La OCDE concluía a primeros de noviembre que a finales de 2012 la economía china superaría ya, en PIB, a las de los 17 miembros de la Eurozona juntas y a la de los EE.UU. a finales de 2016. Añadía que el PIB global crecería alrededor de un 3% de media anual en los próximos 50 años, con enormes desequilibrios por países y regiones.

Para 2025 preveía un PIB combinado de China y la India superior al de Francia, Alemania, Italia, Japón, Reino Unido, los EE.UU. y Canadá juntos. «Es un cambio radical en el equilibrio del poder mundial», señaló el economista principal de la organización, Asa Johansson¹⁸.

Las previsiones de la OCDE parten de tres supuestos: que el desempleo vuelve gradualmente en Occidente a los porcentajes anteriores a la crisis, mejoras sustanciales de la educación en las potencias emergentes de Asia y África, y que la productividad seguirá siendo el motor principal del crecimiento.

«El rol creciente de China es claramente el desafío más importante del orden liberal internacional desde el nacimiento de las instituciones de Bretton Woods», escribe Stephen Szabo en el informe *Global Trends 2030*, que vio la luz a finales de 2012¹⁹.

«China es un desafío mucho más serio que el de la URS», añade. «Occidente no puede contener tan fácilmente a la República Popular de China como lo hizo a la URSS, porque la dimensión militar no es la única dimensión del poder chino y porque su éxito económico ha fragmentado a Occidente. Y a medida que su poder económico crece [...], su poder político y blando crecerá con él, aumentando las posibilidades de ofrecer una alternativa al modelo internacional liberal de Occidente».

¹⁸ Moulds, Josephine. «China's economy to overtake US in next four years, says OCDE». The Guardian, 9 de noviembre de 2012. <http://xurl.es/c7w8a>. Los datos desagregados del informe completo, con cuadros y gráficos en <http://xurl.es/671h8>.

¹⁹ «China's Challenge to the Liberal Order, India's Attraction to It, and the Possibilities for Western Revitalization in Light of the Global Embrace of Democratic Norms». *Global Trends 2030. Alternative Worlds*. <http://xurl.es/mxzd>.

En otro apartado del informe se intentaba definir mejor el ascenso de China, su retorno como gran potencia o superpotencia, en el nuevo orden mundial. «La verdad es que no podemos saberlo», escribe Jeffrey Gedmin.

«A quienes lo ven como una amenaza se les rebate con el crecimiento de la clase media china y su probable demanda de una mayor participación política en los próximos años. Como consecuencia, la política china será más consensuada y democrática, con nuevos equilibrios y contrapesos que cambiarán los aspectos más negativos del nacionalismo y reducirán el apetito de aventurismo en el exterior. A quienes ven un futuro pacífico de China, una potencia ascendente envuelta (y limitada) por una red global de interdependencia económica, se les muestra el fracaso de análogas interpretaciones voluntaristas del pasado. Hace un siglo, dos visiones populares se contrapusieron: para unos, la llegada del comercio internacional pronto haría de la guerra un instrumento obsoleto; para otros, el país destinado a jugar un papel de liderazgo a favor de la paz en el mundo era Alemania»²⁰.

Como advierte Robert Kaplan, de aquí a 2030 pueden cambiar muchas cosas: «China puede colapsar y pasar por serias dificultades socioeconómicas y políticas. Puede volverse más nacionalista. Tal vez hemos dado por segura la estabilidad de Asia durante demasiado tiempo. Durante demasiados decenios hemos mirado a Asia a través, solo, de Bloomberg, Fortune y Forbes. Es adonde todos los periodistas de empresa acuden, igual que los periodistas de defensa viven pendientes de Oriente Medio. No lo creo en absoluto. Veo señales de creciente inestabilidad en toda Asia y se pueden señalar los focos punto por punto»²¹.

Entre esos focos señalaba las dificultades para que China siga creciendo como lo ha hecho en los dos decenios anteriores con una demanda decreciente de sus exportaciones en Europa y los EE.UU. «No está claro que esta dinastía china pueda hacer la segunda y tercera serie de reformas globales que necesita y mantener el mismo poder que ha tenido hasta ahora», añadía. «Y si pierde poder, si se produce una crisis política grave, podemos encontrarnos con inestabilidad en Mongolia Interior, en la zona Uighur turca, en la provincia de Xinjiang y en el Tibet. Los militares –el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea– podrían empezar a actuar con más autonomía, distanciándose del control de los dirigentes civiles, con resultados que conducirían a más inestabilidad, a más incidentes en los mares del sur y del este de China. Sin hablar de Japón y de Vietnam».

²⁰ «The rise of the rest; decline of the West?». Global Trends 2030 Alternativa Worlds. <http://xurl.es/8nt4v>.

²¹ «Robert D. Kaplan on the rise of Asia (Agenda)». Strator Global Intelligence. 14 de diciembre de 2012: <http://xurl.es/r8vn9>. Véase también su último libro *The Revenge of Gdeography. What map tells us about coming conflicts...* (Random House 2012).

Panorama estratégico 2013

Es esta la decimosexta edición del Panorama Estratégico –la tercera que tengo el honor de coordinar–, por primera vez en diez años bajo la responsabilidad exclusiva del Instituto de Estudios Estratégicos (IEEE), dependiente del Ministerio de Defensa, y la supervisión de su director, el general Miguel A. Ballesteros.

En cada edición hemos procurado ajustarnos a los tres objetivos que, ya en el primer número (1996-1997), propuso el teniente general Javier Pardo de Santallana, coordinador del mismo: análisis de la actualidad; prospectiva exenta de futurología; y referencias útiles para comprender mejor y responder con eficacia a los acontecimientos más relevantes.

Gobernar en 2013 exige, por encima de todo, conocer, dominar y gestionar bien la información digital. Desde 2000 el número de internautas ha pasado de 360 millones a más de 2000 millones y se calcula que en 2030 Internet podría representar más del 20 por ciento del PIB mundial. La guerra y la democracia, la libertad y la represión, el terrorismo y el contraterrorismo, la educación y la movilización de los ciudadanos, la seguridad y las amenazas contra ella pasan cada vez más por las redes, de modo que no hay alternativa: hay que adaptarse. Este cambio se refleja en la multiplicación exponencial de fuentes de información que, para la elaboración del Panorama, se obtienen en la red.

Lo que no ha cambiado es el método básico de trabajo. Con más o menos énfasis en cada número se ha intentado, a partir de los hechos internacionales más importantes de los últimos doce meses, observar la continuidad y el cambio en el ámbito de la seguridad y de la política internacional, analizar el rumbo de las tendencias dominantes a corto y medio plazo, y extraer algunas de sus principales consecuencias para España y sus principales aliados.

La experiencia demuestra que el grado de acierto en la anticipación de crisis es inversamente proporcional a la precisión. El problema, como sabe muy bien cualquier dirigente, es que la prospectiva, si es acertada, es tanto más útil cuanto más precisa sea.

Importa, sin duda, saber que, a comienzos de 2013, el régimen de Assad en Siria tenía pocas probabilidades de sobrevivir, pero mucho menos que conocer el plazo aproximado de supervivencia y las condiciones de su final. Ante estas dificultades, rutinarias en cualquier gabinete de análisis y prospectiva, lo más práctico es tener claras las acciones que facilitan un resultado u otro, los medios para llevarlas a cabo cuando corresponda, y las consecuencias de cada opción para poder evitar las más negativas y elegir las más positivas.

El éxito de Nate Silver en sus previsiones de las presidenciales estadounidenses en 2008 y en 2012, que tantos expertos dieron por muy ajus-

tadas hasta el 6 de noviembre, es un buen ejemplo para distinguir los límites de la prospectiva y la forma de reducir riesgos. No hay bola de cristal, solo trabajo riguroso, agregación y desagregación de datos, reflexión sistematizada, metodología o modelos de análisis adecuados, variables relevantes e irrelevantes y, sobre todo, mentes escépticas y bien informadas, capaces de separar el grano de la paja en el torrente de información que, con la revolución de las comunicaciones y la globalización, nos inunda cada día.

¿Por qué fueron incapaces de prever la última crisis económica?, preguntó la reina Isabel II hace tres años a los economistas de la London School of Economics. Unos hablaron de la falta de modelos para predecir los comportamientos que condujeron al desastre. Otros contestaron que, quizás, se dejaron llevar por dogmas ideológicos como el de la supuesta perfección del mercado libre de todo control. Hubo quien denunció miedo a ir contra el sistema por haberse convertido en rehenes del poder de turno, en otras palabras, por haberse dejado corromper.

«Creo que nuestro fracaso colectivo se explica mejor por tres factores: la especialización, la dificultad objetiva de prever en un mundo en transformación acelerada y el distanciamiento de buena parte de la profesión del mundo real», señala el profesor Raghuraj G. Rajan, de la Universidad de Chicago, que ya en 2005 advirtió del peligro de una grave crisis económica en los EE.UU. con datos fiables sin que nadie le escuchara²².

Su opinión se basa, en buena medida, en el estudio del psicólogo Philip Tetlock, de Berkeley, quien durante más de veinte años (1980-2003) sometió a 284 analistas (diplomáticos, académicos, agentes de servicios secretos, economistas, políticos, militares...) a un test prolongado sobre sus previsiones. Cada experto debía calcular la probabilidad de un futuro u otro en áreas de su especialidad y en otras.

Estas eran algunas de las preguntas utilizadas para la prueba: ¿Será violento o caótico el final del apartheid en Sudáfrica? ¿Gorbachov perderá el poder en un golpe? ¿Irán los EE.UU. a la guerra en el golfo Pérsico? ¿Se desintegrará Canadá?... Al final del estudio, los expertos habían realizado 82.361 previsiones. La prueba incluía también cuestiones sobre la forma de llegar a sus conclusiones, sus reacciones cuando sus cálculos resultaban fallidos, cómo evaluaban nueva información contraria a sus opiniones y su valoración de las posibilidades de que otras teorías y predicciones rivales fueran correctas.

La mayor parte de las cuestiones incluían tres futuros diferentes –continuidad o mantenimiento del *statu quo*, pérdida (por represión política o

²² «Why did economists not spot the crisis?». Fault Lines Official Blog. <http://forums.chicagobooth.edu/faultlines?entry=30>.

por recesión económica) o aumento (de libertad política, de prosperidad, de PIB...)– y, con los resultados, llegó a dos conclusiones frustrantes:

1. En cuanto a probabilidades de un futuro u otro, los expertos no lo hicieron mejor que si hubieran asignado a ciegas un tercio (33%) a cada una de las opciones. Los seres humanos que se pasan la vida estudiando el estado del mundo son «peores *forecasters* que monos jugando a los dados».
2. Los especialistas no son mucho más fiables que los no especialistas en la previsión de lo que va a suceder en la región que estudian. «Se llega a un punto de rentabilidad marginal decreciente en las previsiones en relación con el conocimiento», añade²³.

Panorama Estratégico huye de la futurología y procura establecer las pautas o tendencias de cada conflicto analizado a partir del pasado y del presente ya conocidos.

Si, como decía Winston Churchill, la mejor forma de conocer el futuro es conocer bien la historia, todo esfuerzo de prospectiva debe partir de los antecedentes (históricos, políticos, económicos, militares, sociales, culturales...). Así lo han hecho los cinco autores que han participado en la edición de este año: cuatro civiles (un diplomático, un economista y dos internacionalistas) y un militar.

Cada año, para la elaboración del texto, se eligen los procesos que, en opinión de los responsables del IEEE, teniendo en cuenta sus intereses y prioridades de cada año, más importan para el futuro inmediato de la seguridad internacional y española.

Para 2013 los temas elegidos han sido los desafíos de la política exterior y de seguridad de los EE.UU. en el primer año del segundo mandato de Obama; los desafíos que representan para Oriente Medio y el resto del mundo la guerra civil en Siria, el programa nuclear de Irán, el conflicto palestino-israelí y la desestabilización de otros países de la región, Egipto especialmente, en el tercer año del despertar árabe; las tensiones que amenazan con desvertebrar la región del Sahel; las disputas de soberanía entre China, desde noviembre con nuevo equipo dirigente, y sus principales vecinos asiáticos; y las respuestas europea, española e internacional a la crisis económica y financiera, ya en su sexto año.

Aunque cada autor ha gozado de absoluta libertad, es sorprendente la cantidad de interconexiones existentes en los contenidos y la fluidez con que se pasa de un capítulo a otro. Subrayaría, igualmente, que, por su

²³ Menand, Louis. «Everybody's An Expert. Putting predictions to the test». The New Yorker. 5 de diciembre de 2005. http://www.newyorker.com/archive/2005/12/05/051205crbo_books1. El artículo de Menand es una crítica enriquecedora del libro del profesor Philip Tetlock, *Expert Political Judgment: How Good Is It? How Can We Know?*, publicado por Princeton en 2005.

enfoque global y la profundidad del análisis, el capítulo sobre los EE.UU. en la edición de este año es, de hecho, una especie de gran árbol en el que se insertan perfectamente las demás partes de la obra.

El segundo mandato de Obama

En su análisis de la política exterior de los EE.UU. bajo la presidencia de Barack Obama, el embajador Javier Rupérez destaca la profunda brecha entre la potencia amable, multilateral, dialogante, pacifista y constructiva que proclamó impulsar en 2008 y la realidad de su primer mandato en la Casa Blanca. «Lo paradójico [...] es que ha acabado por parecerse bastante a la predicada y practicada por George W Bush» escribe. «Que es tanto como decir a la predicada y practicada por el *establishment* internacional americano en prosecución de los percibidos como intereses nacionales desde tiempos casi inmemoriales».

Para demostrarlo, Rupérez contrasta las principales decisiones de Obama en política exterior y de seguridad entre 2008 y 2009 con los principios, valores y objetivos recogidos en tres discursos pronunciados en los primeros meses de su presidencia y en la Estrategia de Seguridad Nacional dada a conocer en mayo de 2010.

El 5 de abril de 2009, en Praga, identifica, con la mirada puesta en Afganistán, a la NATO como la *alianza indispensable* y se compromete a luchar activamente «contra la proliferación nuclear en un contexto multilateral» con todos los medios a su alcance.

«Los acuerdos bilaterales con Rusia han ofrecido algún fruto [...], pero el intento más general de embarcar a la comunidad internacional en una acción coordinada para acabar con la anomalía de Corea del Norte e impedir que Irán llegue a consagrar la suya ha dado resultados inciertos», señala. Obama inicia su segundo mandato con «la desnuclearización relegada a la segunda línea de sus preocupaciones prioritarias, mientras subsisten y se acrecientan las preocupaciones por el futuro de Corea del Norte e Irán».

«Ni los norcoreanos ni los *mullahs* iraníes han querido aceptar la mano tendida [...] Ambos casos subsisten como potenciales focos de conflagración y conflicto, y es previsible que en su torno se tejan o destejan no pocas de las preocupaciones americanas y de la comunidad internacional en los próximos años. Son tanto causa como efecto de las limitaciones de la bienintencionada multilateralidad».

El 4 de junio del mismo año, en El Cairo, se deshace en señales de buena voluntad, califica de error la invasión de Irak sin consenso internacional y, en un tono que los observadores críticos calificaron de servil, defiende una relaciones nuevas con sus aliados musulmanes, basadas en los

derechos humanos universales, la paz y la no proliferación nuclear, que nunca se materializaron en medidas concretas.

El 10 de diciembre, en su aceptación del Nobel de la Paz, cuando apenas llevaba 10 meses en la Casa Blanca, presenta «el catálogo más completo, en su extensión, contradicciones, matices y dilemas, de lo que a la postre pudiera considerarse la doctrina Obama, el *obamismo*», un gran discurso, recibido con casi idéntico entusiasmo por las izquierdas y por las derechas estadounidenses y mundiales.

Los perfiles del llamado *obamismo*, nunca bien definido, se recogen en la Estrategia de Seguridad Nacional. En ella se reitera el compromiso de mantener la superioridad militar, pero con un mayor y mejor reparto de las responsabilidades globales. Se hacen votos por las antiguas alianzas y, acto seguido, se defiende la conveniencia de «construir nuevos y más profundos partenariados».

¿En qué medida se han cumplido esos objetivos generales? Para responder a esta pregunta, Rupérez distingue las respuestas dadas en los últimos años y los retos más urgentes en:

- los principales conflictos pendientes (Af-Pak, Irak, Israel-Palestina, el norte de África, las llamadas primaveras árabes, la lucha contra el terrorismo, Mali y Bengazi),
- las relaciones de cooperación y de confrontación con China y Rusia,
- los vínculos con lo que denomina zonas traseras (Europa, América Latina y África) y, finalmente,
- en las complicadas relaciones hispano-estadounidenses.

En la retirada de Irak, su promesa mejor cumplida, Obama aplicó, casi al pie de la letra, la hoja de ruta de Bush, dejando tras de sí «un país dividido gravemente por querellas sectarias, escenarios de otras batallas por la hegemonía regional y religiosa», donde es fácil distinguir «antiguos insurgentes, elementos de Al Qaeda y bandas contrapuestas de chiitas y suníes: un cóctel literalmente explosivo».

Ante unos mandos militares y civiles divididos sobre la respuesta más eficaz, en Afganistán, el conflicto bélico en el que más tiempo han estado involucradas las fuerzas armadas de los EE.UU., Obama ha optado por una estrategia contraterrorista y una retirada gradual de las tropas de combate hasta finales de 2014, pero, según Rupérez, «ni él ni su administración quieren que esa retirada suponga la desaparición de la presencia militar americana del territorio» por temor de que «el contagio talibán vuelva a hacerse con el poder y con él surja de nuevo la hidra terrorista bajo las siglas de Al Qaeda o similares».

Tras enumerar los graves desencuentros entre los EE.UU. y Pakistán, concluye que «el entramado de intereses es tan grande [...] que ninguno de los dos puede prescindir del otro en momentos tan críticos e histo-

rias tan graves como la de la lucha contra el terrorismo (cada día más dependiente del uso de drones) y la posibilidad de un futuro estable en la región».

Frente a Irán, enumera las principales interrogantes sin resolver sobre las supuestas *líneas rojas* estadounidenses e israelíes y las consecuencias de cualquier opción que, finalmente, se adopte. ¿Estarían los EE.UU. y el resto del mundo dispuestos a convivir con un Irán declaradamente nuclear?, se pregunta. «La bomba iraní acentuaría peligrosamente las tensiones en la región y provocaría una carrera armamentística ente los que en la zona se disputan la primacía: Egipto, Turquía, Arabia Saudí», responde. «Por no hablar de los riesgos evidentes [...] para el Estado de Israel».

En el conflicto palestino-israelí, reconoce en los EE.UU. al único actor capaz de «forzar a los dinamiteros a aplazar sus rencillas y lograr que se sienten de nuevo a una mesa para dirimir sus diferencias», pero, teniendo en cuenta los antecedentes, deja abiertas todas las opciones.

Respecto a las «primaveras árabes», Rupérez describe la neutralidad inicial de la Administración Obama ante las protestas en Irán de 2009, su apuesta por el cambio a partir de diciembre de 2010 y la intervención posterior en Libia, «decisiva, pero acorde al obamismo: aventuras exteriores las justas, lo más breves posible, con el menor coste imaginable y siguiendo la línea que marquen las demás». Al autor ese modelo de intervención, presentada por la propaganda de Obama como un éxito, no le parece que facilite una mejor comprensión de los intereses estadounidenses.

En Siria, a primeros de diciembre de 2012, fecha de entrega de su informe, Rupérez no veía, como casi nadie, posibilidades serias de intervención armada directa exterior, pero –añadía– «la sensibilidad occidental por la situación humanitaria podría eventualmente desembocar en alguna medida próxima a la que en el caso de Libia permitió el derrocamiento final de Gadafi». La presencia creciente de yihadistas radicales en Siria y la islamización de los regímenes surgidos de las urnas en el norte de África imponen una cautela añadida, plantean un problema delicado a la diplomacia estadounidense (y europea) en la región y garantizan un futuro incierto, de confusión y peligro.

«Harán falta dotes de flexibilidad y firmeza en dosis que solo el inquilino de la Casa Blanca podrá medir adecuadamente», advierte. «Pero los tiempos de la Universidad de El Cairo pertenecen a un pasado que a lo mejor nunca fue y que, desde luego, ya nunca será».

La evolución de los cambios en los países citados, la incertidumbre sobre el futuro de los países donde apenas se han iniciado –Jordania, Marruecos, Argelia, Arabia Saudí, Kuwait...– y la expansión de Al Qaeda en el

Sahel obligarán a Obama y sus asesores a dedicar una parte significativa de su tiempo y de sus recursos en su segundo mandato al llamado arco de la crisis, por mucho que deseen concentrarse en los viejos y nuevos focos de tensión en la región de Asia-Pacífico.

Incidentes como el asalto del 11 de septiembre al consulado estadounidense en Bengazi, Libia, en el que perdieron la vida varios agentes estadounidenses y el embajador Christopher Stevens, no se evitarán negando la existencia de células yihadistas en la región reforzadas con las armas desviadas de la guerra de Libia y con el dinero obtenido de los secuestros. Por su proximidad a las costas españolas, es y seguirá siendo, con la actividad de los islamistas radicales en territorio nacional, una de las preocupaciones prioritarias de los responsables de la seguridad de España.

China, reconoce el embajador, se ha convertido en el principal competidor estratégico de los EE.UU., pero sin dejar de ser, a la vez, un socio muy importante con el que están obligados a mantener intensas relaciones de cooperación. «El reto para la hegemonía (de los EE.UU.) está en China, pero las escuelas de pensamiento no se ponen de acuerdo sobre plazos, alcances y riesgos», añade. «Tampoco sobre la dimensión de la apuesta». La consecuencia de todo ello es una gran ambigüedad tanto en las formas como en el contenido de la que, se supone, es ya la relación de fuerzas más decisiva en la sociedad internacional por una o dos generaciones.

En su mirada a España, al final del capítulo, Rupérez, con importantes responsabilidades en el equipo de política exterior de Aznar, lamenta que su sucesor truncara la relación privilegiada establecida entre 2000 y 2004 con los EE.UU., pero considera que, tras el nuevo compromiso sobre Rota y a pesar de la grave crisis económica, se pueda restablecer en el segundo mandato de Obama. «Para ello es conveniente desarrollar una política de proximidad en la que se puede reforzar notablemente la multiplicidad de intereses españoles», concluye. «Los estadounidenses son buenos jugadores en el tablero de los favores mutuos e intereses recíprocos. ¿Lo sabrán ser también los españoles?».

Oriente Medio, pivote estratégico mundial

Analizar el presente y el futuro inmediato de una región tan compleja y conflictiva como lo que, en su introducción, el teniente coronel y analista principal del IEEE Francisco José Berenguer Hernández presenta como *Oriente Medio* es todo un desafío. Destaco la terminología porque, desde España tradicionalmente distinguimos entre Cercano Oriente u Oriente Próximo (Israel, Jordania, Siria, Líbano y Egipto) y Oriente Medio (el resto de la región), mientras que, para los estadounidenses, Oriente Medio normalmente abarca desde el norte de África hasta Irán.

Respondiendo fielmente a los acontecimientos del último año en la región, Berenguer se detiene, sobre todo, en el conflicto palestino-israelí, en la amenaza de ataque israelí a Irán si este país no frena o renuncia al enriquecimiento de uranio, en la guerra civil y, cada día más, sectaria de Siria, y en la tormentosa construcción de un nuevo régimen en Egipto.

Los conflictos abiertos en los últimos dos años en Oriente Próximo y Medio, advierte, «hacen pensar en la cuestión palestina más como instrumento [...] que como eje vertebrador de la conflictividad regional». De ahí que muchos observadores hayan visto en el enfrentamiento de finales de 2012 en Gaza un medio de recuperar la atención internacional por parte de los palestinos y de probar las nuevas capacidades (en cohetes de mayor alcance los palestinos, en defensa antimisiles los israelíes) y en el uso de las redes sociales, Twitter sobre todo, para la gestión de crisis.

«El alto el fuego alcanzado el 20 de noviembre deja sobre el tapete regional algunos indicios que, probablemente, van a hacerse aún más evidentes a lo largo de 2013», afirma Berenguer. Destaca entre ellos la posibilidad de entendimiento entre Israel y el islam político que ha accedido al poder por las urnas en Egipto y en otros países árabes, y el reequilibrio de fuerzas dentro del movimiento palestino a favor de un Hamas más moderado si logra controlar la Yihad Islámica Palestina.

Sobre el nuevo sistema antimisiles israelí, Iron Dome, reconoce que «ha salvado numerosas vidas [...] al contribuir decisivamente a evitar la invasión terrestre de Gaza y permitir el alto el fuego tras pocos días de bombardeos». Esta nueva capacidad, añade, puede proporcionar a Israel un mayor margen de maniobra frente a la amenaza nuclear iraní.

Tras describir la guerra civil siria como «el capítulo más desafortunado» hasta hoy de las mal llamadas «primaveras árabes», señala algunos de los factores que la distinguen de todas las demás: la influencia de Irán; el riesgo de desestabilización de vecinos tan importantes como Líbano, Israel, Irak, Turquía y Jordania; el pulso entre suníes y chiíes; el factor kurdo; y los divergentes intereses de las grandes potencias en la resolución del conflicto.

En las acciones militares rebeldes de finales de 2012 veía un interés creciente por cortar la principal carretera entre Aleppo y Damasco, y, sobre todo, controlar las fronteras con Turquía para facilitar el apoyo de este país y, con los meses, establecer una zona más o menos segura y libre del Ejército sirio donde poder instalar un gobierno provisional.

La salida política que casi todos los observadores consideran necesaria será tanto más fácil, advierte Berenguer, cuando más se acerquen «a un estado de tablas en lo militar», como sucedería si el régimen pierde su impunidad en el uso de cazas y helicópteros. El mayor peligro es, sin duda, que, en su frustración, el régimen recurra a las armas químicas.

En cuanto al apoyo exterior, el principal obstáculo ha sido desde el principio de la guerra la desunión de las fuerzas de la oposición, los excesos cometidos por algunos de sus miembros y la presencia en su interior de unidades yihadistas próximas a Al Qaeda.

«De hecho la participación de yihadistas foráneos está alcanzando un nivel tal que, aunque no haya un Estado directamente implicado [...], los propios rebeldes temen que el protagonismo de la lucha y, lo que es peor, de la posguerra lo acaparen ellos, en una reedición de lo sucedido en el vecino Irak», advierte. Algunos hablan ya del «secuestro de la revolución» por los yihadistas y su influencia creciente se demuestra en el aumento de atentados con coche bomba.

Berenguer no divisaba, a finales de 2012, una intervención militar exterior, pero sí veía en el despliegue en Turquía de baterías adicionales de misiles Patriot un posible primer paso hacia «la creación de pasillos y áreas seguras para los refugiados en territorio sirio».

La primera reflexión sobre el nuevo Egipto presidido por Mohamed Mursi, dirigente de los Hermanos Musulmanes, es que «no parece peligrar en modo alguno el estatus de lo tan difícilmente alcanzado en los ya lejanos Acuerdos de Camp David en 1979». En segundo lugar, con su iniciativa sobre Siria, la revisión de relaciones con Irán y la mediación exitosa entre las facciones palestinas y entre Israel y Hamas con ayuda de los EE.UU., el nuevo régimen «quiere encontrar el papel que, en su opinión, le corresponde en la región».

El autor deja abierta la posibilidad de que, con su polémico decreto del 22 de noviembre, asumiendo poderes absolutos, Mursi simplemente buscara un atajo para salvar y acelerar las reformas, aprobar la nueva Constitución y consolidar la gobernabilidad del país. Los resultados del referéndum constitucional de diciembre y las elecciones generales, previstas para 2013, demostrarán hasta qué punto los Hermanos Musulmanes creen en un sistema plural, de libertades.

Concluye Berenguer su capítulo con una puesta al día de la amenaza nuclear iraní. Las reticencias estadounidenses y los nuevos datos conocidos sobre las instalaciones en litigio parecen alejar el momento de un ataque, mientras que la percepción de que el programa está a punto de cruzar la línea de no retorno en su nivel de enriquecimiento para fines militares lo acercan.

Como la opción ideal, el autor señala las negociaciones apuntadas –y luego desmentidas– entre EE.UU. e Irán en vísperas de las presidenciales estadounidenses. Sin un diálogo constructivo, considera muy difícil poder evitar un ataque militar. Ataque que, para ser realmente eficaz, Berenguer cree que tendría que incluir «la utilización de los misiles Jericó 3 dotados de pequeñas cabezas nucleares tácticas», por lo que esta opción no debe darse por imposible en modo alguno.

La crisis del Sahel: impacto estratégico

Tanto Berenguer como el catedrático de Relaciones Internacionales Rafael Calduch, en su capítulo sobre el Sahel, destacan tres riesgos principales para España en los cambios en el Oriente Próximo y Medio, en el norte de África y en la zona del Sahel: una creciente presión migratoria por el impacto político y humanitario de nuevos estados fallidos, más terrorismo por la ocupación de los espacios vacíos resultantes por fuerzas yihadistas próximas a Al Qaeda y el aumento de la vulnerabilidad de los suministros energéticos procedentes de la región.

A partir de un análisis de la estructura y de los conflictos que han asolado la región en los últimos años, el profesor Calduch muestra un Sahel sumido en «un profundo proceso de desvertebración y conflictividad política que se suma a las tradicionales condiciones de subdesarrollo y fragmentación cultural para dar como resultado una zona de alto riesgo desde la que se proyectan serias amenazas tanto a los países del Norte de África como a los del África Occidental».

Por la posición geoestratégica que ocupa, España se ve afectada, añade, en un doble nivel: la inestabilidad que provoca en Marruecos, Argelia, Libia y el Sáhara Occidental aumenta la presión sobre la frontera sur española y obliga a definir «una política reactiva que solo puede articularse a través de una variable combinación de medidas cooperativas, de inteligencia y disuasorias, cuya finalidad no puede ser otra que la de contribuir a estabilizar las condiciones internas de los países vecinos y, al mismo tiempo, garantizar la seguridad de los ciudadanos españoles que residen en ellos junto con nuestros intereses territoriales, políticos y económicos ante los supuestos de una amenaza o actuación directa contra ellos».

La crisis del Sahel, por otro lado, está abriendo espacios favorables a la migración ilegal, el narcotráfico, la piratería y el terrorismo yihadista que obligan a España, por ser frontera directa, a movilizar todos los recursos necesarios para reducir los riesgos que esos procesos suponen para su seguridad.

«El Sahel, –advierte–, se está convirtiendo en la nueva zona de irradiación internacional del terrorismo yihadista en esta segunda década del siglo XXI como Afganistán lo fue durante la década de los 90. Como en el caso afgano, los terroristas están asociados a la red de al Qaeda y siguen una estrategia de arraigo e internacionalización similar a la que se realizó en la etapa precedente, solo que ahora el centro estratégico e ideológico se sitúa en países próximos a las fronteras españolas». La mejor prueba de ello son los recurrentes secuestros de ciudadanos extranjeros en la región.

¿Cómo se ha llegado a este punto? Como explica Calduch, no hay una causa simple con un origen fácil de fijar en el tiempo. Las causas son múltiples.

Unas –conflictividad cultural, diversidad étnica y religiosa, inestabilidad política y pobreza económica– tienen raíces seculares. Otras, como la colonización y el proceso descolonizador, dejaron atrás estados muy frágiles, controlados por clanes vinculados a los grupos étnicos dominantes.

Las condiciones climáticas, los recursos minerales estratégicos y su condición, salvo Senegal y Mauritania, de países sin salida al mar, convierten a los países del Sahel estudiados en este capítulo (seis de los nueve que forman la región) en «economías territorialmente dependientes de los vecinos del Norte o de las costas del África Occidental para canalizar sus exportaciones».

Las condiciones demográficas y socioeconómicas, las tradiciones culturales y la diversidad lingüística y religiosa alimentan el desarraigo territorial, las actividades ilícitas, una conflictividad con frecuencia violenta y estados, si no inviábiles, desde luego tremendamente frágiles.

Las respuestas, según el autor, deben tener en cuenta la distinta naturaleza de cada conflicto: regional, económica y política en Sudán-Chad, intereses económicos circunstanciales asociados a las actividades ilegales en el norte de Mali y el conglomerado sin jerarquía y cohesión de los grupos delictivos, terroristas y yihadistas que se disputan el tráfico de ilícitos por la región.

Los conflictos más recientes y más violentos (Argelia, Libia, Costa de Marfil, Nigeria, Sudán, Mali y Chad) se retroalimentan –el yihadismo saheliano no se puede entender sin la guerra civil argelina y la desestabilización de Mali en el último año, sin la guerra civil libia– y agravan, igual que el auge de la actividad terrorista, el impacto de la sequía, de la crisis alimentaria y del número de desplazados.

Calduch resume la proyección estratégica del conflicto de Mali en la región en cuatro grandes factores de riesgo:

- la internacionalización de los conflictos
- los asentamientos masivos de población saheliana en otros países
- la expansión internacional de la criminalidad organizada
- el arraigo de nuevas redes del terrorismo yihadista.

«A falta de unas autoridades mínimamente legitimadas y con una capacidad efectiva de ejercer el control sobre las Fuerzas Armadas, una intervención militar internacional resulta en la práctica inviable, ya que podría convertirse fácilmente en rehén de los enfrentamientos político-militares entre las diversas facciones gubernamentales y, además, vería sensiblemente mermada su capacidad operativa frente a los grupos rebeldes y terroristas», escribe Calduch.

Tras un exhaustivo repaso de los grupos yihadistas, su origen, evolución y fuerza aproximada, concluye que «los enfrentamientos con las tropas

mauritanas, argelinas y malienses, y el número creciente de ciudadanos extranjeros secuestrados han convertido a los países de la región saheliana en el nuevo bastión de internacionalización de Al Qaeda».

Las crisis en los mares de China

Tensión creciente en los mares de China oriental y meridional, bipolarización, rearme y debilidad de las organizaciones regionales de seguridad. Estas son, según el profesor Xulio Ríos, director del Observatorio de la Política de China y del Instituto Galego de Análise e Documentación Internacional, las cuatro características que mejor definen la situación actual y previsible a corto y medio plazo en la región de Asia-Pacífico.

¿Qué efecto tendrá en esas tendencias el cambio en la dirección del partido comunista y del Gobierno del país anunciado en noviembre de 2012? «Algunos observadores especulan con una hipotética inclinación de Xi Jinping a favor de una actitud más enérgica en relación con estos contendiosos», apunta Ríos. Sin embargo, en una gira por varios países de la región a finales de 2011, Xi «destacó su voluntad de apaciguamiento y la insistencia en la línea tradicional de la diplomacia china de priorizar el aumento de los vínculos económicos y comerciales como mejor antídoto para aflojar las desavenencias».

En esa encrucijada sitúa Ríos el pulso por el control de la franja marítima de la China continental y sus cercanías, por donde circula más de la tercera parte del comercio mundial. En esas aguas se encuentra el 30% de las actuales reservas de petróleo de China y las cuartas reservas mundiales conocidas, según documentos oficiales de Pekín citados por el autor, y 24.000 millones de metros cúbicos de gas, según un estudio del US Geological Survey.

Sumando a ello el vacío estratégico de la posguerra fría y las previsiones de crecimiento de la región a medio y largo plazo, las disputas por el control de las islas Natuna, Parcel, Diaoyu o Senkaku y Spratley –especialmente las dos últimas– garantizan años de inestabilidad en la zona y exigen la colaboración de toda la comunidad internacional para evitar escaladas incontrolables.

«Las ambiciones que suscita la presencia de abundantes recursos energéticos pueden provocar en cualquier momento un grave conflicto de serias consecuencias desestabilizadoras en todo el Sudeste Asiático», advierte Ríos.

Tras analizar los antecedentes históricos, muy diferentes, de cada una de esas disputas y las diversas respuestas que los distintos actores implicados están dando a cada una, resume en tres los objetivos oficiales de China:

1. Reivindicación de la plena soberanía recurriendo a la historia y a la legalidad.
2. Rechazo de la internacionalización de los contenciosos.
3. Asegurarse el control económico de facto primero, dejando para más adelante la solución de las diferencias sobre soberanía.

«Quiere eso decir que, en primer lugar, China rechaza toda tentativa de mediación internacional», añade. «En ningún caso aceptaría someter estos pleitos a la Corte Internacional de Justicia o el establecimiento de un Alto Comisionado que pudiera gestionar de forma técnica e imparcial la explotación de los recursos de la zona. Por otra parte, Pekín rechaza frontalmente cualquier propuesta de soberanía compartida con aquellos países que sostienen reclamaciones en estos territorios».

Como principal factor moderador de las tensiones, cita la importancia de las relaciones económicas y comerciales, especialmente entre China y Japón. Como variable más peligrosa, destaca «el nacionalismo cada día más epidémico», que «no solamente parece ser el instrumento elegido para vertebrar la unificación plena de China y obviar las diferencias políticas, económicas, sociales o ideológicas que separan a las diferentes Chinas, sino también para asegurar la perpetuación en el poder del PCCh».

Si, como señala, «pocos confían en que la aparente solidez del edificio político maoísta [...] pueda resistir las continuas incrustaciones capitalistas adosadas en los últimos años con la política de reforma y apertura (*gaige* y *kaifang*) de Deng Xiaoping», ¿serán capaces sus sucesores de controlar ese nacionalismo sin mayores quiebras externas e internas?

«La presión social, en China muy significativa a favor de cierta ejemplaridad, supone una tentación permanente para ganarse un aplauso que se resiste por otras vías en un entorno caracterizado por un descontento al alza que tiene su origen en asuntos de compleja resolución como las desigualdades sociales, el desastre ambiental o la persistencia crónica de la corrupción y los abusos de poder», añade.

La militarización creciente tanto de China como de sus vecinos (en el último decenio los gastos en defensa de Asia se han duplicado) indica que todos quieren estar preparados para lo peor. De momento, nos encontramos, según Ríos, ante «una estrategia de tampón y de ofensiva indirecta que, no obstante, presenta como debilidad los problemas de coordinación» entre las cinco agencias chinas que intervienen en las operaciones de acoso, represalia o respuesta a provocaciones de otros en los distintos contenciosos. Otro componente de la ofensiva china pasa por el despliegue de sus pescadores, con amplios programas de apoyo en las provincias costeras chinas que incitan a las flotas a modernizarse y a pescar cada vez más lejos.

La defensa firme de sus intereses marítimos influye en la militarización del país, pero la política de defensa china persigue –advierte Ríos– otros

tres objetivos esenciales: el mantenimiento de la seguridad de sus fronteras, la reconstitución de su perímetro nacional (léase reunificación con Taiwán); y la lucha contra el separatismo y el terrorismo, en particular en Xinjiang y en Tibet.

Aunque inevitable para tranquilizar a sus aliados y por sus propios intereses de superpotencia global, la respuesta estadounidense, con el despliegue previsto de seis de sus portaaviones y del 60% de su flota en Asia-Pacífico, refuerza el sentimiento de *cercos* dentro de China y, sin duda «contribuirá a alimentar la confrontación estratégica entre China y EE.UU. en el sudeste de Asia, involucrando en ella a todos y cada uno de los países afectados por las tensiones marítimo-territoriales con el gigante asiático».

Importa poco si los EE.UU. y China se consideran adversarios, competidores o enemigos. Lo que de verdad cuenta, concluye Ríos, es que «dos siglos después de aquel Gran Juego que enfrentó a los imperios ruso y británico por el control de Asia Central, una nueva región del planeta parece camino de oponer a las dos primeras potencias mundiales, esta vez China y Estados Unidos, con un objetivo: el dominio de Asia-Pacífico, nuevo epicentro de la economía global».

La desconfianza creciente de los vecinos de China desde que esta redefinió su concepto de *interés vital* en 2009, intensificada por las numerosas manifestaciones de fuerza desde entonces, es proporcional a la demanda de una estrategia de equilibrio más favorable, con implicación directa del único país que puede facilitar ese contrapeso, los EE.UU., lo que sugiere, en palabras del autor, «una bipolarización creciente de los intereses estratégicos en Asia».

De esta manera, «más de 35 años después de la derrota de los EE.UU. en Vietnam, Washington se ha puesto de nuevo en marcha alentando una doble estrategia que tiene en cuenta tanto las oportunidades de negocio [...] como el reforzamiento de sus alianzas con el grupo de países de la ASEAN», organización que «puede convertirse así en rehén –y víctima– de la rivalidad sino-estadounidense».

El dilema para la sociedad internacional lo resume Ríos en los siguientes términos: «Sin la anuencia de China toda hipotética solución en estos litigios estará condenada al fracaso y, al mismo tiempo [...], el auge imparable de China hace cada vez más difícil [...] un acuerdo que satisfaga equilibradamente los intereses de todas las partes involucradas».

El sexto año de la crisis

Las previsiones económicas para 2013 del Consejo alemán de Expertos Económicos y del FMI a finales de 2012 indicaban que la zona euro quedaría descolgada de la economía mundial y que esta experimentaría una desaceleración en 2012 y una leve recuperación en los doce meses siguientes.

Ninguna amenaza previsible a corto o medio plazo es comparable a la que representaría, para Europa y, particularmente, para España la ruptura del euro o, como mal menor, la salida de la eurozona de alguno de sus miembros. En la primera de las hipótesis, según el catedrático de economía aplicada y vicepresidente del IEEE, Juan E. Iranzo, autor del informe sobre la crisis en este Panorama, la resucitada peseta «se devaluaría inicialmente entre un 40 y un 60 por ciento», y la deuda total externa española –un 310% del PIB a finales de 2012– «se incrementaría en la misma proporción que se produjera la devaluación».

Para evitar escenarios tan catastrofistas, Iranzo considera imprescindible restablecer la estabilidad macroeconómica, recuperar competitividad mejorando la productividad e impulsar el desarrollo tecnológico.

La anunciada caída del PIB en la eurozona en 2012 y 2013 por los principales centros de análisis, el impacto del llamado *fiscal cliff* (precipicio fiscal) estadounidense aunque, como parecía probable al cierre de este Panorama, se llegase a un acuerdo, y la desaceleración anticipada de la economía mundial complican la salida de la crisis de la Europa meridional y, a la vez, se ven agravados por ella.

En los EE.UU., anticipaba el autor, «habrá que encontrar un compromiso entre las dos estrategias contrapuestas durante la campaña electoral: prioridad a la subida de impuestos (Obama) o a la reducción del gasto público (Romney)». Las escasas concesiones dadas a conocer por las dos partes antes del receso de Navidad apuntaban ya en esa dirección.

Tras analizar las ventajas y los límites del Pacto por el Euro Plus sobre competitividad aprobado en 2011, el Pacto de Estabilidad Fiscal acordado en marzo de 2012, el nuevo fondo de rescate (MEDE) que entró en vigor el 8 de octubre y el sistema europeo de supervisión bancaria puesto en marcha en la cumbre de diciembre en Bruselas, Iranzo es pesimista sobre el ritmo y la forma de construir la necesaria Unión Bancaria y Fiscal.

Cree, en primer lugar, que tal supervisión no será eficaz mientras no se limpien los balances de activos tóxicos, se cuente con un sistema único de regulación con estándares rigurosos e iguales para todos y esté en vigor un mecanismo europeo de resolución ordenada de quiebras bancarias. No incluir esas condiciones –y los acuerdos de diciembre en Bruselas no las incluyen–, es «como empezar a construir la casa por el tejado», advierte.

Con el Tratado de Lisboa en la mano, el autor desgrana el incierto proceso de la posible salida de un país miembro de la Unión Económica y Monetaria (UEM) –«la única posibilidad de abandonar la UEM consiste en abandonar la UE»–, y no ve fácil una posible expulsión, pues exigiría un cambio en los tratados, imposible sin el consentimiento unánime de todos los miembros (art. 48 del Tratado de la UE).

«El agravamiento de la crisis en la UEM y el aumento de la incertidumbre política en EE.UU. son los principales responsables de la desaceleración en Asia en el 3T12, dado el impacto negativo que ambos factores tienen sobre las exportaciones y sobre las decisiones de inversión», señala Iranzo. «No obstante, creemos que el suelo ya se ha tocado y, a partir del 4T12, el crecimiento de la región volverá a acelerarse, si bien modestamente».

En esa previsión tiene un peso decisivo China, donde, «pese a la relativa resistencia de su economía, todo apunta a que el actual modelo de crecimiento basado en la inversión del sector público y en las exportaciones comienza a agotarse». Para los próximos años, añade el autor, «no se esperan crecimientos superiores al 8,5%, incluso en los escenarios más optimistas».

Reconociendo la importancia que han alcanzado las inversiones españolas en América Latina, Iranzo analiza su rentabilidad y los principales factores de riesgo. El riesgo regulatorio en la región, señala, «viene ante todo de la mano de la inseguridad jurídica que expone a las empresas a cambios inesperados en las leyes, falta de transparencia de los procesos, vacíos jurídicos de la legislación... y la debilidad de ciertas instituciones».

Sumando a lo anterior la elevada prima de riesgo –unos 700 puntos– en el hemisferio occidental por la incertidumbre en países como Argentina y Venezuela, y la experiencia acumulada por algunas de las principales empresas españolas allí establecidas, el autor aconseja extremar la prudencia.